

DIAY NOCHE

Madrid Año I Núm. 9

:::

Se publica los lunes

:::

16 Diciembre - 1918



—He visto a tu marido y durante cuatro horas no ha hecho más que galantear mujeres.

—Todos los días hace lo mismo saca el corazón a paseo; pero por la noche al volver a casa me lo trae entero.

20 cts.

CASA "VIUDA DE PONTES"

(FUNDADA EN 1900)

CARMEN, 6 Y 8 MADRID TEL. M. 41-18

Inmenso surtido en artículos para

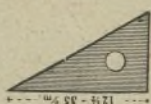
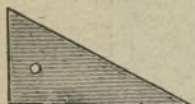
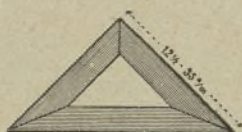
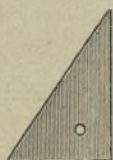
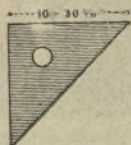
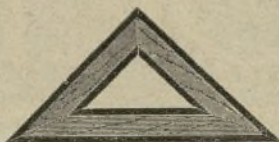
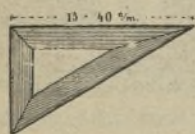
PINTURA

Aguafuerte, Modelado,
Pirograbado

Fotominialura,
Repujar el estaño

Cuero, Cobre,
Cartulinas, & &

DIBUJO



CARMEN 6 Y 8, (CERCA DE LA PUERTA DEL SOL)

Agencia Administrativa (Matriculada) de **MINGUEZ NEIRA**

Instancias, altas, bajas, variaciones, patentes, reclamaciones, certificados, licencias de aperturas, muestras, etc.

SERVICIO POR SUSCRIPCION
Despacho: Infantas, 23, vinos
De 10 a 1

Manuel Lezama

CAPATAZ DE LA
EDITORIAL HISPANICA

Y DE
DIA Y NOCHE
Conchas, 1. Teléfono 28-90
MADRID

Sellos caucho, metal
y placas esmaltadas
MANUEL LÓPEZ ORTEGA (HIJOS)
Encomienda, 20 duplicado
Tel. M. 51-84.—A. Correos 171
MADRID

RELOJERIA
VALENTIN GARCIA
Calle de Fuencarral, núm. 77
VENTA Y COMPOSTURAS
de toda clase de relojes
con garantía

SELLOS. Compro colecciones
y lotes; pago altos precios
L. ODRIOSOLA
HORTALEZA, 31

PAULA
CORSETERA Y FAJISTA
De la Real Cámara
Siempre modelos nuevos
CARMEN, 10, MADRID

CALLEJA SASTRE *Mayor, 21*

Primera casa en Postales
MAYOR, 37
Expendeduría de Tabacos n.º 6

Instrumentos de Cirugía,
aparatos Rayos X, mobiliario
clínico, material bacteriológico,
material antiséptico.
Mayor, 41 al 45.—Madrid

EMILIANO GARCÍA
MERCERÍA Y NOVEDADES
96, Fuencarral, 96

NO DE V. MAS VUELTAS A SU CABEZA

El mejor dentrífico del mundo y preferido por las personas de gusto es el

LICOR DEL POLO

PRECIO 1,50 PESETAS

MEDIO SIGLO DE ÉXITO

Españoles: No dejarse sorprender
por dentríficos extranjeros

TARIFA DE ANUNCIOS

Ultima plana de la cubierta

Plana entera... 200 Ptas. Cuarto plana... 75 Ptas.
Media idem... 125 " Octavo idem... 40 "

Plana del interior de la cubierta

Plana entera... 150 Ptas. Cuarto plana... 50 Ptas.
Media idem... 80 " Octavo idem... 30 "

EN TRICOLOR PRECIOS CONVENCIONALES

Ayuntamiento de Madrid

Foster le miró ceñudo, mientras replicaba; —cuidado, Miguel, olvida ese mote y el incidente a que alude, si no quieres ver morir de repente nuestra renovada amistad.

—¡Cómo!, —dijo Miguel Lambourne; —antes te gloriabas de haber contribuido a la muerte de aquellos dos obispos hereáticos.

—Aquello pasó. Mr Melchidesek Maultext ha comparado mi error en aquel asunto, al del apostol Pablo que guardó las vestiduras de los que apedreaban a San Esteban.

—Basta, Foster, —dijo Lambourne, —pues siento un estremecimiento cuando escucho al diablo citar las Escrituras; allá tu conciencia.

—No te preocupe mi conciencia, que es cosa que no puedes comprender, puesto que nunca la tuviste. Vamos al grano, y dime en dos palabras qué quieres de mí y para qué has venido.

—La esperanza de beneficiarme me trajo; mirad esta bolsa; encierra los restos de una cantidad tan redonda como uno puede desear. Tú estás aquí bien acomodado y con buenos amigos, pues se dice que gozas de especial protección... ¿crees que puedes ocultarlo? Yo bien sé que semejante protección no se obtiene de balde; tú debes pagarla con ciertos servicios, en los cuales me propongo ayudarte.

—¿Y si yo no necesitara tu ayuda? Tu modestia te permitirá suponer que tal sea el caso.

—Eso quiere decir que prefieres cargar con todo el trabajo antes que repartir los beneficios. No seas tan ambicioso, Anthony; la avaricia rompe el saco, y se derrama el grano. Cuando el cazador sale a matar un ciervo, lleva consigo varios perros; uno para rastrearle y otro para el ataque; tú eres el primero y yo el segundo; tu patrón debe necesitar de ambos, y podrá darles su recompensa. En sagacidad profunda y en natural malignidad, me vences; pero yo soy más osado, más rápido en acción y en recursos.

Separadas nuestras cualidades, no son tan perfectas; reúnelas, y el mundo es nuestro. ¿Qué dices ahora? ¿cazaremos juntos?

—Es algo brutal entrometerse así en mis asuntos privados, —replicó Foster; —pero siempre fuiste un perro mal criado.

—No tendrás motivo de queja si no rechazas mi proposición; pero en caso contrario, «guárdate de mí, señor caballero», como dice el romance; o participaré de vuestros asuntos o me opondré a ellos, pues he venido a negocios, contigo o contra tí.

lian en voz baja a su compañero, mientras el criado iba a dar el recado a su amo.

—Silencio, —replicó el aventurero; —ningún soldado marcharía de frente si se parase a pensar cómo y cuándo podría hallar la salida. Consigamos entrar, y todo irá bien.

Al poco tiempo volvió el criado, y retirando con mano cuidadosa cerrojos y barras, abrió la puerta, que dióles paso a



—¡Miguel Lambourne! —repitió Foster levantando los ojos...

través de un arco a un patio cuadrado y rodeado de edificios. Frente al arco había otra puerta, que de igual manera franqueó el criado, quien luego los introdujo en un gabinete solado de piedra y provisto de escasos muebles, y de la más rudimenta-

ria y antigua construcción. Las ventanas, altas y amplias, se abrían casi hasta el techo, fabricado de roble negro; las que daban al patio se hallaban oscurecidas por los circundantes y elevados edificios, y como además tenían columnas macizas de piedra que las atravesaban, y estaban pintadas con opacas pinturas de asuntos religiosos y escenas de la Historia Sagrada, admitían poca luz en proporción a su tamaño, y aun la poca que penetraba por ellas, llegaba teñida con los sombríos tonos de las emplonadas vidrieras.

Tressilian y su guía tuvieron espacio suficiente para observar todos estos detalles, pues hubieron de aguardar algún tiempo hasta que al fin apareció el actual dueño de la casa. Aunque *Tressilian* se hallaba preparado para ver presentarse una persona de aspecto desfavorable, la fealdad de *Foster* excedía a lo esperado. Era de mediana estatura y robusta compleción, pero mal formado hasta rayar con la monstruosidad, lo cual prestaba a todos sus movimientos la desmañada torpeza de un hombre zurdo de mano y pie. El cabello, que entonces como ahora se llevaba bien peinado, escapábase en sucia negligencia bajo un gorro de piel, cayendo en greñas, vírgenes del peine, sobre sus arrugadas sienes; sus oscuros y penetrantes ojos, hundidos bajo anchas y revueltas cejas, miraban siempre al suelo, como si avergonzados de su expresión quisieran esquivar la mirada ajena. Sin embargo, cuando alguna vez deseaba observar a algún semejante, los alzaba rápidamente, y al clavarle en su interlocutor delataban a un tiempo las pasiones más ardientes y la fuerza de voluntad necesaria para disimularlas. En conjunto, *Tressilian* juzgó que era la persona menos propicia para imponerle una visita contra su voluntad. Vestía un jubón de piel rojiza, como el que solían usar los aldeanos ricos, ceñido por un cinturón de ante, que sostenía a la derecha un largo cuchillo o daga, y al otro lado un pistolón. Alzó sus ojos al entrar en la habitación, y después de fijar una penetrante mirada en sus visitantes, los bajó al suelo, como contando los pasos con que avanzaba lentamente hasta el centro de la sala, y dijo en voz baja y contenida:—«Os ruego, señores, que me digáis la causa de esta visita.

Al parecer, esperaba que respondiese *Tressilian*; tan cierta había sido la operación de *Lambourne* respecto al modo de manifestarse la superioridad de la buena crianza a través de un vestido de clase más modesta; pero la réplica procedió de Miguel, con la familiaridad de un antiguo amigo, y en tono que



CAPITULO IV

El cuarto a donde condujo a su honrado visitante el dueño del palacio de *Cumnor*, era mayor que el otro donde antes conversaron, pero aún en peor estado de conservación. Grandes armarios de roble rodeaban el cuarto, los cuales en otro tiempo sirvieron para guardar una numerosa biblioteca, muchos de cuyos libros aun quedaban allí, pero rotos y sucios de polvo, sin sus cierres y pastas de precio, amontonados en las estanterías, como cosas abandonadas.

Los mismos estantes aparecían rotos a trechos y cubiertos de telarañas.

—Estos libros tan abandonados, —dijo *Lambourne*, en algunas ciudades que yo conozco hubieran encontrado gran aprecio.

—¡Bah! —respondió *Foster*; —es fárrago papista, que estudiaba el viejo Abad de *Abingdon*; la más pequeña parte de un puro sermón evangélico, valdría tanto como una carretada de tal basura,

—¡Por la gracia de Dios, señor *Tony* enciende—hogueras! —replicó *Lambourne*.



Día y Noche



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

Tres meses. 2,50 Ptas.
Seis meses. 4,75 »
Un año. 9,00 »

DIRECTOR

FERNANDO PONTES

Redacción, Administración, Talleres
Cardenal Cisneros, 47
APARTADO DE CORREOS 809. TEL. J. 923

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EXTRANJERO

Tres meses. 8 Ptas.
Seis meses. 15 »
Un año. 25 »

Año I

Madrid 16 de Diciembre de 1918

Núm. 9

EL AMIGO DE LOS ARBOLES



El frescor de la tarde había hecho salir de sus casas a todos los chicuelos del pueblo que, como si se hubiesen dado cita, acudían a la plazoleta donde se alzaban la ermita y el ayuntamiento, para entregarse a sus juegos bulliciosos: lidiando toros o saltando al marro.

—¡Mirad!... Allí está «El Amigo de los Arboles» exclamó uno de pronto.

Todos suspendieron por un momento el juego para mirar a donde les indicaba. Uno de ellos alzó los hombros y repuso:

—¡Bah! ¿qué importa? No le hace daño a nadie.

—Pero es muy fastidioso que vaya siempre detrás de nosotros—dijo uno de los mayorcitos.

—En no haciéndoles nada a los árboles no hay cuidado, agregó otro.

El Amigo de los Arboles era El Loco del Pueblo. Cada pueblo suele tener su loco, como tiene su cura, su alcalde y su boticario. Esos locos familiares, mansos, cuyos arrebatos se temen, y sin embargo se provocan, y a los cuales se compadece al par que sirven de objeto de diversión.

No se sabía quien era El Amigo de los Arboles, dedónde venía ni cuándo apareció allí. Vivía prestando servicios a todos, sin domicilio, comiendo en donde trabajaba

y durmiendo en cualquier banco o en cualquier abrigo de la calle.

Dulce, servicial, nada acusaba en él la locura a no ser el extravío de la mirada y el furor que lo acometía cuando alguien trataba de dañar a un árbol.

Se creía investido de la misión de guardar los árboles del pueblo, especialmente los arbolitos recién plantados al rededor de la plaza, en torno de cuyos troncos estaba aun la protectora sera de esparto.

El loco llegó a la plaza inquieto; las horas en que se reunían a jugar los muchachos lo molestaban, temía un peligro para sus queridos árboles y acudía allí donde más lo podían necesitar. Avanzó pausadamente, parándose de momento en momento para examinar sus arbolitos desde la copa al pie.

—¿Qué haces ahí, amigo?

Se volvió con el rostro mal humorado, pero al ver al que hablaba se sonrió afectuosamente.

—¡Ah! Es usted..., D. Francisco.

Su semblante se serenaba, se hacía dulce, tomaba una expresión de gratitud.

D. Francisco, el médico, era la única persona que podía alardear de tener influencia sobre aquel infeliz al que había asistido en una grave enfermedad. Cuando le veía de

masiado sumido en su manía pasando las noches sin dormir, afligido porque a un árbol se le secaba una rama o se le caían las hojas, el bondadoso doctor usaba de su influencia para tranquilizarlo:

—Ve a acostarte, que yo vigilo...

Y el loco, docil como un niño a su insinuación, se marchaba tranquilamente.

—¡Bien! Porque usted lo manda...

Sentía la influencia simpática de aquella persona que era la única en interesarse por su suerte.

—Estoy disgustado—le dijo, respondiendo a su pregunta.—Tengo un árbol allí, al principio de la calle, que se me va a morir. ...Tiene un gusano que no encuentro y



que está chupando su sangre... ¡Quizás estará en la raíz! Le he preguntado al boticario si tiene alguna cosa para curarlo y se ha reído... ¡Me toman por loco porque amo a los árboles! ¿Verdad que no es estar loco amar a los árboles?

—Claro que no, no les hagas caso.

—Es que ellos no saben la pena que da que se muera un árbol! Es más pena que que se muera un niño. Porque un niño no tiene la vida tan larga como un árbol, ni sirve tanto como él.

—Bueno, no te preocupes ahora y vete a descansar.

—Es que si el árbol no tiene gusano, alguien le hace daño... ¡Y como yo lo encuentro!..., lo va a pasar mal...

Sucara se descomponía tornándose amenazadora, hosca.

—Debes irte a dormir y no pensar en eso—dijo el médico.

—No diga usted semejante cosa... ¡No pensar en los árboles! Son mis hijos...; me los han encomendado y debo cuidarlos. Si los árboles se mueren ¿Cómo tendrá sombra la carretera? ¿Dónde se pararán los pájaros? Y no es uno sólo el que está enfermo... hay varios mustios y pálidos... ¡Y me dice usted que no piense en eso!

Se iba exaltando gradualmente.

—Lo que te digo es que debes irte a dormir ahora y luego tienes tiempo de vigilar.

—No puedo hasta que se vayan los muchachos y se acuesten todos..., y aun así...

—Pero es que si no descansas caerás enfermo y entonces ¿quién cuidará los árboles?

El loco pareció convencerse con el argumento y dijo:

—¡Tiene usted razón! Haré lo que usted quiera, por ser usted quien lo manda...

Se retiró lentamente, acariciando con la mirada cada uno de los árboles que hallaba a su paso, y haciendo esfuerzos por dominar el afán de reconocerlos de nuevo uno

por uno, al par que lanzaba ojeadas recelosas a los chicos que continuaban saltando y gritando con toda su fuerza.

Salió a la carretera.

El sabía bien en qué lugar más apartado de los huertos podría echarse a descansar y qué árboles le prestarían más amparo.

A poco rato dejó el camino, saltó un balate y entró en el haza plantada de olivos, que formaban hileras simétricas, y acarició un tronco nudoso con la mano. ¡Bravos árboles!

Tenían un verde cenizoso, algo de aspecto de labriegos curtidos por el sol, recios y sanotes. Ellos no palidecían como los otros árboles ni se quedaban con los troncos escuetos y helados, como esqueletos, que lo afligían mientras esperaba su resurrección. Miró con cierta lástima los árboles frutales, plantados al borde de la acequia para aprovechar el frescor que deja a su paso el agua.

Un leve ruido llegó a sus oídos. Vió una pareja de enamorados que se despedía tiernamente. ¡Estaba él tan acostumbrado a esas escenas en su continuo andar por el campo! ¡Los árboles eran los protectores de los amantes! Miró con indiferencia. Su pasión a las plantas lo había curado de la pasión por las mujeres. Vió cómo se despedían estrechándose el uno contra el otro y sin escuchar lo que hablaban.

De pronto el joven sacó una navaja:

—Es preciso que yo escriba el día de hoy en la corteza de este árbol.

Mientras ella, sonriente y amorosa, se disponía a ver cómo el joven grababa en la corteza una data decisiva de su vida, con ese impulso de romanticismo que hace repetir las mismas inefables vulgaridades, él se adelantó hacia un manzano.

Un olor suave se esparcía del árbol cargado de la sabrosa fruta madura. No bien había introducido la punta de la cuchilla para hacer saltar la corteza cuando sintió



un golpe en la espalda que le hizo caer de bruces contra el suelo. Entonces el loco se amagó rápidamente, cogió el arma y levantando el brazo con furia le asestó una puñalada.

Luego, mientras la muchacha escapaba dando gritos de socorro, *El Amigo de los Árboles*, sin hacer caso del hombre que agonizaba, se acercó al manzano, sacó su pañuelo y vendó la herida del tronco...

CARMEN DE BURGOS; «COLOMBINE»

De Beatriz a Rosalinda

por BEATRIZ GALINDO

Mi querida Rosalinda: Siempre he oído decir que los días podrían aprovecharse infinitamente más de lo que generalmente se hace con sólo vivir más ordenadamente y... no lo dudo.

Es innegable que hay en el mundo quien ocupa una jornada entera en hacer una sola visita y quien en el transcurrir de igual número de horas, remedia lástimas, oye

de sociedad, seguido de visitas, luego el concierto, la conferencia, el sermón o lo que al día corresponda. A las siete «grande toilette.» A las ocho la comida, después..... el delirio. Un teatro y un baile cuando menos, con su debido acompañamiento de encuentros, miradas, palabras amorosas... El «flirt» en una palabra. El «flirt» elegante y discreto, muy agradable, muy distraído, muy instructivo y con el que no pelagra la razón y el corazón mucho menos. Amable vida..... Además como sé que no eres de las que se divierten con cara compungida, estoy segura de que llevarás la carga de diversiones que te corresponda con el rostro radiante y la sonrisa en los labios, que no eres tú de las que se presentan hipócritamente ante la vida, de las que bailan con cara de contrición y lloran con cara de absolución.

¿Será posible que hayas dejado pasar toda una semana sin aumentar tu vestuario?... váyase por las ocasiones en que te propasaste.

En cambio tu prima Evelyn se ha permitido el lujo de otro nuevo y modernísimo modelo. Atrevidillo debe ser, pero sin duda favorecerá a su tipo moreno y super elegante.



Traje de boda vestido por Mlle. Bottato-Costa en la ceremonia de su casamiento con el Duque de Rignano, hijo del Príncipe Colonia.

misa, baila en el Palace y asiste a un estreno. Amén de las que trabajan para ganarse la vida, a las que no nos referimos de momento.

La Providencia ha tenido a bien dividir a la Humanidad femenina y masculina en dos grupos: el que se divierte y el que labora, y hoy por hoy, no nos interesa más que el primero.

Es variadísima, como te decía, la capacidad aprovechadora del tiempo de cada individuo y tú, mi querida Rosalinda, has llegado a las más elevadas cumbres de la perfección en esto de utilizar las horas, los minutos y los segundos, con la particularidad de extraer de cada fracción de tiempo su contenido máximo de satisfacción y contento.

Así, pues, no puede extrañarme la relación que me haces de tu vida en París ni tu actividad pasmosa, ni la amable prolijidad de tus días, en recreos, risas y emociones diversas.

Por la mañana, tras el delicado y aromático chocolate—¿Ahora te enteras de que el café es muy malo para el cutis?—la misa, luego el paseo con «Ton Ton» al que, dicho sea de pasada no conozco aún. A las once, visita a los grandes talleres y compras, inspiradas naturalmente en lo que previamente has visto. A la una el almuerzo casi siempre «en ville» y consiguiente aprobación de las últimas novedades culinarias. A las dos visita de exposiciones bien de arte, bien de abanicos, joyas, telas y encajes antiguos y modernos. A las cinco el té. Ya en restaurant ya en reunión



Traje vestido por la primera Lucinge-Faucigny en la ceremonia de su segundo matrimonio.

te. Dices que es de gabardina azul, que la falda de admirable corte semeja un pantalón, que la levita es larga y sencilla, el chaleco amarillo y que un alza cuello de suave linón dá a todo el conjunto un aspecto de extrema elegancia. Muy esbelta hay que ser para llevar un modelo de esa índole y lo bastante acaudalada para hacerle alternar con otra media docena de «toilettes».

Como quiera que de ambos privilegios goza Evelyn, la adquisición es un acierto.

Hasta muy pronto,

BEATRIZ.

DON EXUPERIO, PREVENIDO

Don Exuperio es un santo varón que tiene a los ladrones más horror que un niño al aceite de ricino, y procura por todos los medios librarse de sus garras maleantes:

—Mira Ursicina, ten cuidado de echar bien el cerrojo y la cadena por la noche; acabo de leer en el periódico que unos cacos han robado en un hotel.

—No sé que nos van a quitar a nosotros, Exuperio.

—De todas modos atiende mi advertencia; a lo mejor estamos acostados durmiendo, y se llevan los colchones.



Siempre que don Exuperio sube a un tranvía, sufre lo indecible leyendo el cartelito advertencia contra los rateros, y aunque sea en pleno verano, se abotona cuidadosamente hasta las gafas, pensando en su interior que entre las muchas prohibiciones que figuran en los eléctricos vehículos, debería figurar una relativa a los desvalijadores. Cuando, como sucede siempre, en el trayecto suben varios guardias de difentes clases, don Exuperio se anima alegremente, pero no se desabrocha. Los demás viajeros, apretujados, manifiestan su mal humor poniendo caras más tristes que un vendedor de caloríferos en el mes de julio, mas don Exuperio, agradecido, los bendice en voz baja, pensando que los ángeles custodios deben andar por el Paraíso, uniformados también con casco, machete, polainas y su numerito correspondiente.

En cambio, el día de percibo de haberes en la oficina, mientras el júbilo resplandece en las empleadas facies de sus compañeros, don Exuperio se entenebrece como un cine barato, y duda antes de entrar en el despacho del habilitado, recordando con horror un séxtuple crimen descubierto una semana antes, y en el que los criminales se llevaron hasta los calzoncillos de las víctimas:

—Don Exuperio, tenga la bondad de firmar aquí.

—Ya están las dos nóminas. (Me da miedo ir con tantas pesetas).

—¿Cómo le tiembla el pulso! ¿Está usted hiperestésico?

—No, no señor, es que el tiempo este me sienta mal. (Hoy me roban de fijo).

—Cuenta el dinero.

—Está bien. (Si me pasase lo que a los del crimen).

—Don Exuperio, ¿el móvil?

—Pues fué el robo.

—Pero ¿qué dice usted? Es que no me paga el sello.

—¡Ay! Perdón, estoy trastornado.

Don Exuperio recibe a últimos de mes una carta certificada procedente de Cabezón de la Pimienta, en la que un

amigo a quien hace diez años prestó cincuenta duros para ayudarle en el tráfico de lechones, se los devuelve duplicados, dándole las gracias, y comunicándole que los guarros aumentan. Cualquiera otro hubiese dado quinientas zapatetas en el aire (a cabriola por peseta), y hubiese hecho pregonar por las calles con dulzainas, tamboriles y timbaleros a la federica, el nunca visto suceso de que un amigo que vive en la prosperidad se acuerde de pagar una deuda a otro que vive en Arganzuela 84, tercero derecha. Don Exuperio se enfureció:

—¡Canastos con Exoristo! Quien le había de decir que mis cincuenta duros iban a ser la base de su fortuna. Y el caso es que no se porta mal, pero ¿dónde guardo yo tan respetable cantidad? ¿qué opinas tu, Ursicina?

—Que debían levantarle una estatua a Exoristo. ¡Quinientas beatas nada menos! Ni en una novena las he visto juntas.

—Estoy preocupado; son muchos reales.

—Pues no te preocupes Exuperio, ya verás que pronto se volatilizan.

—Yo creo que debemos esconderlas en el fogón, debajo de un azulejo.

—¿Y si se comen las cucarachas los billetes?

Don Exuperio no está tranquilo hasta que se ha gastado el último céntimo de los cien machacantes.

Como siempre que llega el invierno los atracos menudean, procura prevenirse contra posibles contingencias, adquiriendo en el Rastro, para su defensa personal, diversas armas ofensivo-defensivas, entre las que se cuentan un sable de caballería, una pistola americana de seis tiros y un hacha de abordaje:

—Exuperio estás más guillado que una tórtola viuda. ¿Dónde vas con ese arsenal?

—Es por si alguna noche tengo que salir. Mañana voy a escribir a un amigo de Berlín por si puede facilitarme la venta de un mortero del 42, ahora que han terminado las hostilidades.

Don Exuperio, para evitar contratiempos, y a pesar del material guerrero de que es poseedor, procura no salir de su casa después del toque de oraciones:

—¿Ya no vas al café?

—No, Ursicina, me exacerba la hipercloridria.

—A ver si creen los amigos que soy yo quien no te deja ir; me molestaría que te tuviesen por un calzonazos.

—¿A mí? Ruy Díaz de Vivar, a mi lado era un insignificante coleóptero.

—Pues mira. me alegro de que te envalentones. Se me ha olvidado comprar los garbanzos para mañana, y vas a bajar por ellos a la tienda; toma treinta y cinco céntimos para el cuarto de kilo.

—Guarda un momento.

Don Exuperio penetra en su despacho, se ciñe el sable, se cerciora de que la pistola está cargada, y aparece ante su mujer empuñando fieramente el hacha susodicha.

—Exuperio ¡no me lo ocultes! ¡Tú te propones ir al África a cazar leones!

—No, mujer. voy por los garbanzos; con esto defenderé los treinta y cinco céntimos

Sale a la calle ocultando los pertrechos, ojo avizor.....

A los cinco minutos vuelve:

—¿Qué? ¿Traes los garbanzos?

—Sí, Ursicina.

—Vamos, ¿lo estás viendo? Lo de los atracos son figuras tuyas.

—Te engañas, Ursicina; no me han quitado los garbanzos, pero ¡me han robado el hacha, la pistola y el sable!

ARÍSTIDES FREDELVAL.

LA DAMA DE LA CRUZ ROJA



Los que no hayan estado en la guerra no podrán imaginarse la alegría que experimentó el bueno de Jacinto al divisar desde lejos las casas de su pueblo natal.

Con su uniforme de campaña haciendo bailotear las cruces y medallas que se ostentaban orgullosas sobre su pecho, caminaba todo lo apresuradamente que le permitían las aun endebles piernas, a medio curar de los sangrientos agujeros que la metralla enemiga abrió en ellas.

A su encuentro, un grupo de personas avanzaba, llamándole por su nombre, gritando gozosas. Una lluvia de abrazos cayó sobre él; allí estaban sus padres y los hermanos pequeñitos que lloraban de alegría; allí estaba su novia, más bonita que nunca; y allí estaba también, para hacer triunfal y solemne el recibimiento, el tío Leopoldo, el viejo veterano de la guerra del 70, embutido en su anticuado uniforme de gala, con su pierna de palo, cuadrado militarmente y saludando marcial al héroe que llegaba.

Casi en volandas llevó a su casa; todos querían hablar a la vez para contarle las pequeñas minucias que entre la monotonía de la vida aldeana adquieren gigantescas proporciones, convirtiéndose en acontecimientos trascendentales: el pueblo, a pesar de las alternativas de posesión que experimentó, fué respetado por los beligerantes, no sufriendo daños materiales; algunos de los mozos que, como Jacinto marcharon a defender la patria no volverían más; otros llegaron mutilados, satisfechos de su sacrificio, aptos para el trabajo después del aprendizaje especial a que fueron sometidos en los hospitales; bodas hubo pocas; las cosechas fueron regulares; el dinero y la alegría escasearon...

Jacinto les interrumpió:

—Ya me contaréis todo más despacio; afortunadamente, la guerra terminó y aquí estoy para no separarme jamás de vosotros. Ahora quisiera ir a ver a D. Tomás, necesito

que me acabe de curar; por veros pronto salí del hospital antes de tiempo.

Jacinto observando la extrañeza que se reflejaba en los rostros de los suyos, quedó perplejo y calló, interrogándoles con la mirada.

El tío Leopoldo, iracundo, balbuceando de rabia; temblando de coraje, interrumpió bruscamente el silencio.

—¡Don Tomás, el médico, es un canalla, que no merece siquiera que le nombren!

—¿Qué ha pasado? Si mal no recuerdo, don Tomás, aparte de su eterna manía solterona, era un hombre honrado cuando yo me marché.

—Cuando tú te marchaste, sí; hoy es un traidor.

Algo calmado el tío Leopoldo, arrastrando su pierna de palo por el pavimento al retrepase en el sillón en que estaba sentado y volviendo a dar chupadas a la pipa, continuó, aureolada la blanca cabeza por una nube de humo:

—Bien sabes Jacinto el mucho tiempo que don Tomás llevaba entre nosotros, prestándonos los auxilios de su ciencia, y con cuánta solicitud nos curaba, llegando su generosidad a visitar gratuitamente a los pobres, socorriendo a los más necesitados con alimentos y medicinas.

Tampoco ignoras que, encariñado con el país, fué poco a poco adquiriendo tierras, las cuales arrendaba a los vecinos desheredados, contentándose con cobrarles de renta una pequeña parte de las ganancias cuando el año era bueno, y perdonando el pago si la cosecha se presentaba mala. Por su carácter, por su altruismo, todos le admirábamos y escuchábamos sus consejos, cual si fuera un oráculo, sanos y rectos, encaminados al bien común, respetando su aversión al matrimonio, confirmada siempre a pesar de haberle, en más de una ocasión, propuesto enlaces ventajosos con muchachas guapas, honestas, ricas y capaces de hacer la felicidad de cualquier hombre.

Pues bien, una mujer ha sido la que trastornó la vida honrada de don Tomás, haciendo aborrecible a un hombre que por su conducta y sus años era venerable.

Una de las muchas veces que nuestro pueblo ha estado en poder de los enemigos, trajeron éstos un convoy de heridos, y para ayudar a los médicos de las ambulancias, que tenían bastante trabajo, llamaron a don Tomás, quien no viendo en los dolientes adversarios, sino hombres que sufrían, se prestó gustoso. Organizaron un hospital, y quedó a cargo de don Tomás la sala de los heridos graves, a los que asistía como enfermera una joven rubia, hermosa de verdad, con una mirada en la que fulguraban el hechizo diabólico del mal.

Bruja debía ser, por cuanto don Tomás, a las veinticuatro horas de conocerla, perdió el sentido común de tal manera, que enamorado como un jovenzuelo, no se recató en decir a todo el que le quiso escuchar que haría de aquella mujer su esposa si ella aceptaba. A mí me consultó sobre el asunto, y hasta me pidió, acordándose de que en mi mocedad la fortuna me fué propicia en amorios, unas cuantas lecciones de enamoramiento.

Lo que pasó después no hemos podido averiguarlo; de repente, los contrarios abandonaron a toda prisa nuestro pueblo; recogieron en la huida sus heridos, y mi estupecac-

ción no tuvo límites cuando, al contemplar su desfile, vi vestido con el uniforme enemigo a don Tomás, que marchaba a caballo al lado de un automóvil de sanidad en el que iba la joven rubia luciendo el brazalete con la cruz roja. Al pasar junto a mí don Tomás, sonriente, me dijo: «Adios amigo Leopoldo, me voy con mi esposa. Pronto volveremos.» Tan embozado quedé que no supe responderle palabra.

Don Tomás no ha vuelto, pero por un mozo que estuvo prisionero, sabemos que se casó, que los enemigos, para recompensar sus desvelos, le han ascendido, y que vive contento, porque (al mismo mozo se lo dijo) la patria para él es el mundo entero en general, y en particular el sitio donde viven los que se aman, ¡Habrás visto traidor! ¡El muy sinvergüenza!

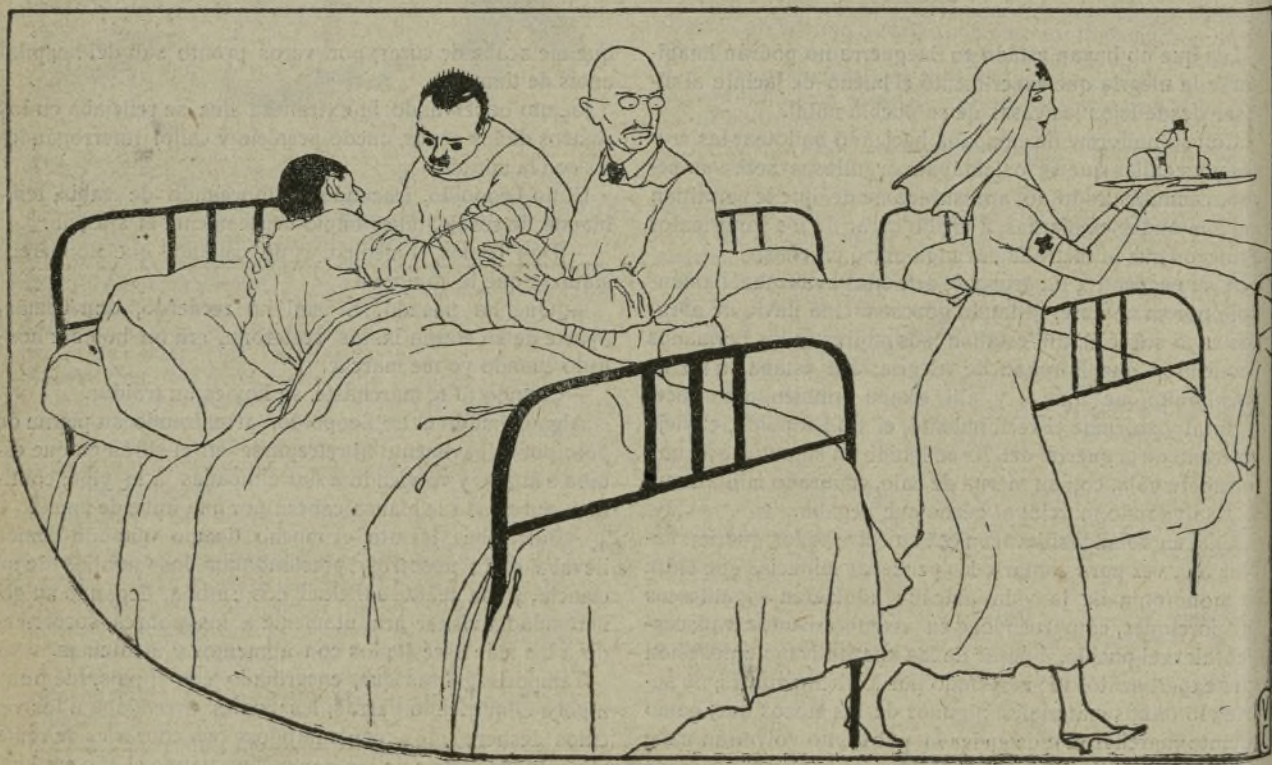
—Sin embargo, tío Leopoldo, tal vez tenga razón. Por conseguir esto nos hemos batido en las trincheras.

—¡Qué ha de tener! Lo que ha pasado es que aquella mujer le daría algún bebedizo para embrujarle. ¡Las mujeres son el demonio en persona!

Y el tío Leopoldo, observando que Jacinto contemplaba a su novia con arrobamiento, rectificó:

—¡Bueno! Algunas son diablillos nada más.

NICOLAS JOSÉ RUIZ MORCHENDE.



LA ACTUALIDAD EN MADRID



1. El equipo Unión, que jugó con el Racing.—2. El equipo Racing, que jugó con el Unión.—3. Toma del habito de la Orden de Montesa por D. Ramón Paje.—4. TEATRO ESLAVA. Una escena de la obra "El Jayón".—5. TEATRO DEL CENTRO. Una escena de la obra titulada Esclavitud.

(Fotos Del Río).

CATÁSTROFE FERROVIARIA ENTRE RIOFRIO Y LOJA



1. Trasbordo en el lugar del siniestro, de los viajeros de Granada. 2. Después del siniestro, Jefes y empleados de Málaga ordenando la extracción de mercancías. 5. Estado en que quedó el furgón de cabeza y donde iba el Jefe de tren Sr. Barrabino, en el terraplen de la vía. 3. El médico de la compañía D. Eladio Casero, curando al Jefe de tren D. Antonio Barrabino. (Fotos Ruiz)

DESDE EL GALLINERO

El Teatro del Centro estrenó una obra de *Lopez Pinillos*, (*Parmeno*), titulada *Esclavitud*. El éxito de la comedia puede apuntarse desde luego en el haber de *Borrás y Ruiz Tatay*, la *Sra. Muñoz*, y el resto de la compañía. En cuanto a la obra en sí, continúa la serie de obras teatrales de este afortunado autor, y le llamamos afortunado por que las plumas de los críticos le acarician suavemente, aplaudiendo en él lo que en otros autores daría motivo para sus censuras. Este burdo escritor, inhábil comediógrafo, especialista en *estridentes* del pensamiento, padece una aberración mental que produce una desagradable distorsión de todo cuanto observa; sus obras teatrales suelen estar mal desarrolladas y muy descuidadas de forma. En cambio es muy fecundo; cierto que en compensación, sus comedias duran poco en los carteles, porque el público tratándose del Sr. *López Pinillos*, autor, piensa de otra manera que la crítica, y se aburre

durante la representación de aquellas. No debe el Sr. *López Pinillos*, si quiere hacer justicia distributiva, aplicarse los éxitos de los intérpretes de *Esclavitud*.

En *Eslava*, primera representación en Madrid de *El Janyón*, comedia de *Concha Espina*, que obtuvo un lisonjero éxito.

Los veteranos *Perrin*, *Palacios* y el maestro *Jiménez*, estrenaron una zarzuela de grandes pretensiones y escasos méritos en el Teatro de Apolo. El libro es malo, la música es peor, y el público paciente tomó a broma la música y el libro. ¿No es cierto que va llegando la hora de la *desmovilización* para muchos de los músicos y autores que hoy monopolizan los escenarios? La bella persa o persiana como dicen con gracia manida sus autores, cayó para no levantarse más.

EL OPTIMISTA.

SALPICADURAS

Al de Abastecimientos nuevo ministro sin duda alguna apostado le han elegido, pues por su tipo, Argente es más pequeño que un panecillo.

En Estado y Presidencia,

ambas poltronas enteras, sin apoyo de auxiliares, actuará con vehemencia el conde, con sus carteras pares.

La cosa en sí, es tan prolija, que debe tomarse a broma, pues llena de confusiones

que asuntos pares dirija, el que denominan Romanones,

Romanones, el eterno político, caba fina, ocultando sus trabajos, dará a empinados y bajos, pues al formar el Gobierno (bien su intención se adivina) buscó afanoso a Cortina.

JUAN NARANJAS DE LA CHINA

DE ACTUALIDAD

I

La Mancomunidad Catalana es por hoy la mancomunidad de moda.

Veremos si, andando el tiempo, ésta moda deja paso a la Mancomunidad extremeña o a la de Carrascalejo de Arriba o a la de Villapelona de Abajo, pues de menos nos hizo Dios.

Los de Cataluña, con la buena intención de mejorar su existencia administrándose por sí propios, y el resto de los españoles opuesto a las disgregaciones o partidario de la igualdad ante el regionalismo, nos tienen sumidos en un mar de desorientaciones capaz de ahogar en su seno a un ladrillo refractario.

Todas y cada una de las provincias españolas se creen igualmente dotadas del derecho a la autonomía y el que más y el que menos de los ciudadanos sueña con una felicidad encantadora en cuanto se sacuda las moscas del Poder central.

—Tío Morretes—le decía ayer el alcalde de Valdecojines a un vecino suyo—eso que dicen de la anatomía catalana los papelotes me suena mu bien.

—Si té de icer la verdá, que me lleven los demonios si entiendo lo que es eso.

—Pues la cosa es más sencilla que una codorniz en la infancia. Si entre los mandones que nos hacen tragar los que son más mandones entavía, bulle un tío de malas tripas, ladrón él y más bruto que los mojones de la carretera, ¿porqué yo m' hé de sujetar a sus torpezas o a sus malas pasadas teniendo aquí, dos puertas más arriba, un hombre honrado y más listo que el hambre, capaz de poner los intereses del pueblo sobre la veleta de la torre? ¿Nos vamos a aguantar con lo que nos imponga un señor que se sabrá de memoria cuántas ventanas tiene el ministerio de la bola; pero que de las cosas que *afeitan* a este vecindario entiende lo mesmo que mi agüela entendía de domesticar cocodrilos?

—Déjate de retóricas—dijo el otro—y piensa en lo que ocurriría si toitos los españoles quisiéramos autonomizarnos de una vez... ¡Menudo laberinto se armaría! Además, entre que mi señor sea el cacique de la comarca, y que lo sea Romanones, que es el cacique central, que lo sea este, pues por lo menos ya sabemos del pié que cojea.

II

La apertura del Teatro Real siempre es motivo de regocijo entre las clases acomodadas de la corte: acomodadas por su posición envidiable y por haber experimentado la intervención de los acomodadores.

Los abonados, después de haber visto con fruición publicados sus nombres en los periódicos, prepáranse para la campaña que ahora comienza, cuya brillantez no nos atrevemos a pronosticar, aunque algunos cronistas ya la han sacado brillo.

—Mamá,—es preciso que madame rivolité nos termine para esta noche los siete vestidos capitales,—decían ayer a su señora madre las dos hijas de D. Eliodoro Pingajillo.

—Deseando estoy verlos; porque son—dijo la madre—un mentís a la carestía de las subsistencias. Tu padre

verá como se las compone para pagarlos; probablemente pagará las ricas telas y las elegantes hechuras a pizcas, a mijajas, a sorbos... qué se yo... todo menos tener que pagarlas todas juntas.

—Nada de eso debe importarnos. Aquí lo interesante es epatar a las de Pancorbez, que tienen abonada la platea de al lado y a las de Bermellón que ocuparán las butacas de siempre y a la del general Cornezuelo; y a todas, en fin...

—¿Y a mí que me aconsejas?—preguntó la esposa de Pingajillo.—¿Me mando hacer un vestido de raso negro con los mejores trozos del tapete de paño verde, hábilmente combinados con el delantero del traje de odalisca que nos prestó la Rodríguez y algo del galón de la casulla de D. Filomeno?

—Hazte lo que quieras, mamá—la contestó la más atrevida de las hijas;—pero acuérdate del año pasado...

—Sí; recuerda, querida madre, que durante la temporada anterior—añadió la otra muchacha—llamaste la atención del público escandalosamente. Estás tan delgaducha...

—Porque aquí no hay más que malicia y perversión...

—No digas, mamá. Tú, a fuerza de mirarte al espejo, llegabas a ofuscarte sin duda. Si nó, mal se comprende que lucieses un escote que...

—¿Pero era muy exajerado?

—Por la espalda, basta recordar que, viendo *Tosca*, se te constipó la última vértebra. Y si es por delante, acuérdate de lo que te soltó el agente de bolsa... y del chiste-cito del marqués...

—No recuerdo...

—Señora, parece que viene usted... así como despechada...

—Y es verdad, mamá. Mientras no engordes un poco, una de dos: o llevas al Real un vestido cerrado a piedra y lodo o te quedas en casa haciendo encaje de bolillos o jugando a la perejila con los vecinos del principal.

III

Parece ser que el invierno va comenzando a sacar las uñas.

Hasta hace muy pocos días los braseros permanecían yertos y no había salamandra viviente con calor en las entrañas.

Hoy debe uno acordarse ya de que Diciembre no es Agosto y sacar a la calle los más recios abrigos y no marchar despacio.

Mirad a cualquier oficinista friolero.

¿Cómo va?

Bufando con la bufanda.

Las nieblas densas y bajas nos recuerdan a Londres, por si los ingleses no fuesen bastantes para recordarnos aquella población, y ¿qué extraño es que a uno le dejen helado ciertas noticias que recibe?..

¿Qué tiene de raro que, percibiendo el frío glacial y tropezándose en calles y teatros con acreditadas focas, crea uno que se halla en la Siberia, a mano izquierda conforme se sube?..

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

ACTUALIDAD SEMANAL



1 Boda aristocrática. La Srta. Matilde Smit en el momento de firmar los esponsales con el secretario del ministro de Chile, Sr. Cesáreo de la Ribera. 2. SEVILLA. Boda de la Srta. Concepción Belmonte García, hermana del popular matador de toros, con el novillero, García Reyes, siendo apadrinados por el espada Juan Belmonte y su bella esposa. 3. Los Reyes de Belgica en Gante. Las autoridades presenciando el desfile de las tropas belgas que vuelven al país reconquistado.

Fotos. (del Río, Madrid). (S. del Pando, Sevilla). (Georges Heyens).



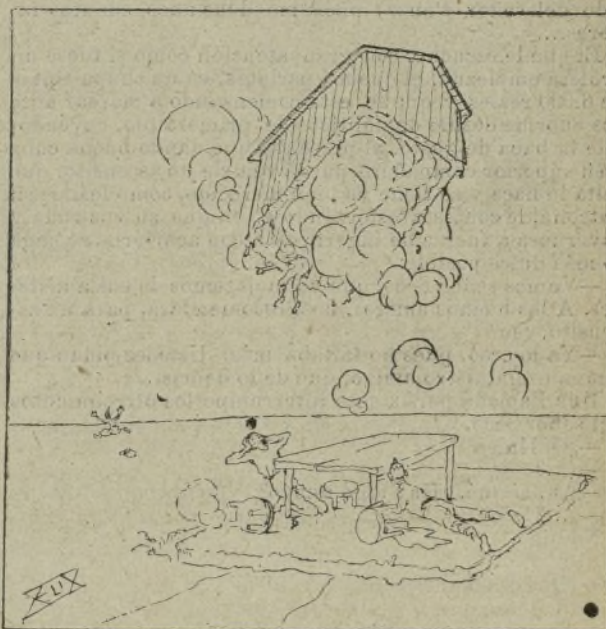
Después de un día de trabajo ingrato,
van cuatro amigos a charlar un rato.



Apenas llegan, como por chiripa,
comienza el cuento de la buena pipa.



— Antes de que nadie darse cuenta pueda,
se llena la barraca de humareda.



Y henchida por el humo, vuela al fin,
surcando el aire igual que un zeppelin.

Crisis total o dimisión oportuna

Uno de los sitios donde se toman con más calor, los cambios de Gobierno es en los negociados de los ministerios; hay empleado que se pasa el día agarrado al teléfono en comunicación continua con la presidencia.

—Ah, fulanez, si viniese un ministro amigo, pronto me iba usted a ver jefe de negociado, (Hay que advertir que el ser jefe de negociado es la continua obsesión de este inclito empleado de 10.000 reales).



Diálogos como el anterior se sorprenden mucho recorriendo en días de crisis los negociados de los ministerios.

Las conversaciones que se interrumpen por la llegada del jefe, siguen su curso.

—Y no vaya usted a creer que sólo tengo un par de amigos—esto con desplacencia—que tengan probabilidades de ser ministros; (pausa) ha de saber usted, que en las pasadas elecciones trabajé la candidatura de Besuguez y fui apoderado del señor Sordo, cuyos méritos ya nadie duda y que se le está llamando a gritos... Además tengo parentesco muy cercano con García González y Gutiérrez, era primo segundo del primer marido de mi mujer, y éste que fué ministro con los panzistas (el partido del señor Panza) pues me debe unos cuantos favores....

El que le escucha, con gran atención como si fuese un profeta empleado, el que así parlotea, es un chupa-tintas de 6.000 reales y que se está comenzando a marear ante ese enorme desfile de políticos de primera fila, cayéndosele la baba de gusto, al presentir que dando buena coba a su superior compañero, pueda venirle un ascenso, que falta le hace y se tiene ya bien merecido, como le dice su patrona, le contesta esforzándose, en que su voz ruda y cavernosa a fuerza de ingerir café, con achicoria, se haga lo más dulce posible:

—Vamos señor Seco, que ya mojaremos de sus amistades. A los buenos amigos, nos recomendará, para un ascenso, ¿eh?

—Ya lo creo, pues no faltaba más. Ustedes pidan que venga un ministro amigo, que de lo demás...

Una llamada persistente interrumpe los ofrecimientos del señor Seco.

—¿Quién es?

—¿...?

—Ah, sí qué, ¿Hay algo nuevo?

—¿...?

No oigo.

—¿...?

—¿Qué el señor Sordo?

—¿...?

—Ah, que si soy sordo. No, no señor.

—¿...?

—¿Y no hay nada más que eso? Pues ya se podía haber esperado a que acabase de perorar.

Deja el aparato y se dirige a sus compañeros.

—Les parece a ustedes, la una y todavía no se ha resuelto la crisis. Ya a ido a Palacio ocho veces el presidente.

Estas interrupciones telefónicas se repiten frecuentemente hasta que al fin llega la noticia deseada:

—Trr...

—¿Quién es?

—¿...?

—Y, quien dice que ha venido.

—¿...?

Al oír lo que dicen por el teléfono, Seco da un alarido que lo mismo, puede ser de placer que de dolor, pues en eso de frenética, está bastante mal el señor Seco y nosotros en eso de acústica.

Al verle caído en una silla, acuden todos sus compañeros rápidos a enterarse si es que ha venido alguna culebra (lagarto, lagarto), largartija, sanguijuela o ventosa, al digno ministerio de que son funcionarios.

—¿Pero, señor Seco, quien ha venido?

—¿El pariente de mi mujer!

Decir aquellas frases y armarse un alboroto en aquel negociado, fué cosa de un momento. Los expedientes salen por los aires, siendo serios competidores de Guyenmer; hay quien de gusto se relame la deshilachada corbata y quien se marca un schotis, sin cañamazo ni nada encima de los presupuestos del año 13 (no es mala sombra).

El Sr. Seco sale de su estupor y manda pedir un café él solo (!)—aquí admiración de los presentes—pero a escote con el camarero del Universal a quien acaba de dar un sablazo.

Después de beber un vaso y de guardárselo en el bolsillo—de alegría—llama a un ordenanza.

—Regúlez, venga usted acá.

Y quieras que nó, le hace tomar a la fuerza, el resto del café. Y digo a la fuerza, porque como se había guardado el vaso, se lo tuvo que mezclar en el estómago y echarle después los terrones de azúcar.

Aumenta su jubileo (no tiene que ver nada con jubilar que eso da horror) cuando dan la hora para la salida. Se pone el abrigo de su jefe por equivocación y que es por supuesto, mucho mejor que el suyo que lleva más años de servicio que él y que sigue corriendo en el escalafón.

Se despidió muy secamente de sus compañeros y cuando salió de allí no hay versión cierta de adónde se dirigió, pero según rumores fundados, encaminó sus pasos hacia la plaza de las Descalzas.

A los ocho días de no haber aparecido por la oficina, ni por asomo, llega a cuerpo—es un día de nieve—con un ojo hinchado por su mujer a causa del expediente que le han formado por faltar ocho días a la oficina sin causa justificada.

Una nube de individuos le asalta. El, la vé, y como tampoco lleva paraguas se esconde, pero al fin consiguen atraparle, le sientan y tienen que darle aire caliente, porque viene «frappe Seco»...

Cuando a conseguido entrar en calor dice:

—Para celebrar el triunfo de mi pariente pensé correr una buena juerga, pensando que todo lo que me ocurriera lo arraglaría él... Y cuando quise ir a verle para recomendarle mi «Jefatura» me enteré que el presidente, acababa de presentar la dimisión del Gobierno en pleno.

—Y ahora ¿qué va usted a hacer?—preguntó uno.

—Esperar a que venga otro ministro amigo que me restituya mis dos mil quinientas...

LUIS ZARRALUQUI

LA MUJER DEL BAILE

Con la inauguración de la temporada teatral, han coincidido también la apertura de tantos salones invernales, donde más o menos moralmente se rinde culto a Terpsicore.

Prescindiendo absolutamente de mis ideas, he acudido,



y acudó, a estos lugares con bastante asiduidad. Me atrae el ambiente, complejo y dudoso, los hombres plenos de erotismo y vanidad mal entendida, las mujeres... ¡oh sí, las mujeres sobre todo!, son interesantes por psicología,

Mentidamente ideales, las caras breves al encuadrarla el nimbo sedoso de sus cabellos negros, y áureos; reunidas en grupos; sentadas junto a mi velador; misteriosas y confidenciales cuchicheando en los ángulos del salón; reflejan todas en sus ojos, en sus miradas, una sola alma gris y mediocre. Eran las mujercitas que llenaba en el estío los parques, las que reían locamente en las Kermeses, pretendían elevar su personalidad física ante los danzarines vulgares con un gesto desdenoso y afectado, infinitamente interesante de pensadoras y mundanas, de fogón.

Sin embargo, en ellas palpita un alma digna de estudio influida de sentimientos audaces que las precipitan en abismos tenebrosos dorados artificialmente.

¿Amar al baile, sentir hacia la danza un culto de artista donde al fundirse los ritmos musicales crearan los movimientos atrevidos, las ondulaciones voluptuosas, las languideces canallas y sensuales? no. Incapaces de sentir el arte divino y poseer la suficiente imaginación intuitiva de acompañar con el cuerpo las cadencias, desconocen, que el placer puramente sensorial de bailar que experimentan, puede convertirse en un arte altamente idealista. En ellas quizás el mayor sentimiento es el de la imitación, manera indirecta de la envidia, hacia la vi-

da ignorada y presentida; de los saraos espléndidos, de las mujeres de novela aristocrática frívolas, y mundanas en la realidad memas en su picardía un si es no es cruel, de engañar y de reír, con todos los hombres aunque solamente lo alcancen en algunos.

No obstante, los bebés dorados y morenos, de los talleres que en el domingo bullanguero, o en la noche verbenera quisieron alzarse y volar, son susceptibles, en rasgos atávicos fuera de la influencia enfermiza de los bailes, de sentir el encanto, aunque sea pasajero, de dejarse amar en los días laborables por el obrero, de mano encallecida y tez sucia por la faena. Tal vez encuentran cierta analogía de expresión entre el *pollo bien* de botines y gabardina, y el novio de un oficio bajo y pobre y lucha su alma, no muy iniciada en elecciones, entre el danzarín de fox-trop, de guantes amarillos, que no sabe manejar elegantemente, que hace atractiva su persona exenta de refinamientos y galanterías delicadas con el traje moderno, y el obrero, de argot chulapo, que ha de gastar las cuatro *beatas* y media que gana, en toíto cuanto quiera su *negra*.

Sin embargo, ¡oh cuán cortos son si llegan estos idilios! semi-primitivos. Envueltos en la gasa dorada de la imitación, y la vanidad, entretejida por la media satisfacción honesta de placeres impuros, tornan añorantes al baile, junto al *pollo bien* que intenta descaradamente atrevidos escarceos en sitios adorables, y con una grosería muy «chic» arrojan a la cara de las jovencitas el humo de los cigarros, riendo estrepitosamente si causó desperfecto alguno en la fingida albuza de los rostros.

Yo siento una pena infinita hacia estas niñas precoces, que sonríen con una dolorosa experiencia de farsa, de engaño, que acogen las palabras honradas con modismos



un tanto tabernarios, y gestos de esceptismo, que llegan a la hora del amor, marchito el corazón, honradamente mancillados, sin sentir en su plenitud la blanca ilusión del alma, conociendo mecánicamente los pasos de una muchachita brasileña sensual, y perversa, ignorando amar, ignorando vivir en la vida...

EMILIO DURAN

Madrid, noviembre 1918.

MI CANTO A CORDOBA

A ti, ciudad amada, mi triste y torpe lira,
que tu memoria evoca, tus glorias va a cantar:
mi amor a tu recuerdo es sólo quien la inspira:
escucha, pues, el canto del alma que suspira
y que con voz medrosa comienza ya a sonar.

Un día recorriendo la margen arenosa
del rápido, sonoro y azul Guadalquivir,
cruzando tu campiña, tu sierra majestuosa,
aspiré tus fragancias, y mi alma venturosa
un ser vió al fin liberto del pertinaz sufrir.

Luego, en mi fantasía, tus calles corro ufano
pensando en tus grandezas, y evoco con placer
el inmortal recuerdo de Séneca y Lucano
de Góngora y de Rivas... de tanto genio hispano
como en los siglos todos pudiste ver nacer.

Y admiro los hechizos de púdicas doncellas
que besa con orgullo la esplendidez del sol,
tus patios con doseles que bordan las estrellas
cubiertos de macetas, de donde surgen bellas
flores que los tapizan de armiño y de arrebol.

Del arte y de las letras eres ciudad querida,
grandioso, bello, rico y espléndido joyel;
en tiempos por la ciencia te viste preferida,
tuviste de Gonzalo la espada no vencida,
por eso es tu corona de mirto y de laurel.

¡Oh Córdoba! Quisiera tener Omnipotencia;
hacerte un ser corpóreo, tangible, material,
ocultaría entonces al mundo tu existencia,
te elevaría un ara y, solo en tu presencia,
mi amor te ofrecería sin miedo a otro rival.

En místico recato podría siempre al verte
besarte y abrazarte cual fiel adorador;
mas si es todo esto un sueño, mi anhelo esque a mi muerte,
el soplo de tus brisas bese mi rostro inerte
y un trozo de tu tierra me abrace con amor.

EDUARDO ONTAÑÓN

MUJERES ANDALUZAS

Lola.

Todo es en ti agradable y sugestivo:
El fuego de tus ojos chispeantes
Tiene, como la luz de los diamantes,
Un poder misterioso y atractivo.

Cuando tiendes al aire fugitivo
Tu cabello en guedejas ondulantes,
Emulas a las clásicas bacantes,
De los lienzos del arte primitivo.

Tu voz es un milagro de armonía
Pleno de flameante poesía,
Una mancha de lace son tus labios.

Y tu cuerpo de venus indolente,
Es una encarnación de los resabios
De los amores lúbricos de Oriente.

FERNANDO MARTINEZ-SEGURA.

HORAS DE PUREZA

Divino amor.

«¡Escuchal.. Es que el órgano de la vieja abadía
Interpreta la hermana de las hondas ojerías...
¡Sor gloria de los Angeles!.. ¡Sor Glorial!.. ¡Si la vieras!..»
—Así me habló el dilecto de la virgen Poesía.

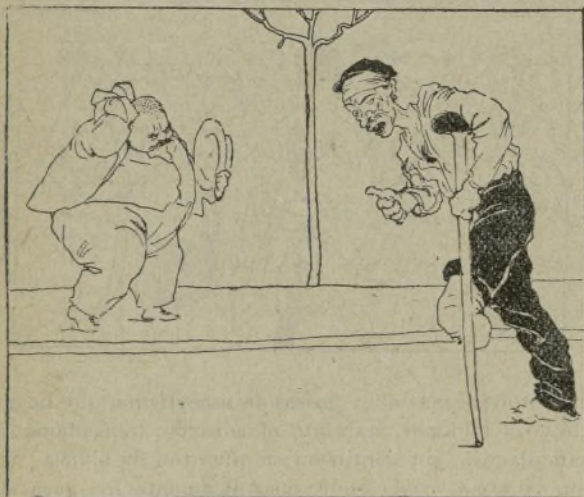
Y en un desbordamiento sublime la Armonía,
Como un bando de febles palomas mensajeras,
Ritmó con sonos líricos dulzuras milagrosas.
...Y ante mis ojos trémulos fulgió la Epifanía.

¡Sor Gloria de los Angeles!.. Como flores de alma
Yo te envío estas rimas perfumadas de calma,
Y con ellas, un beso para tus manos leves;

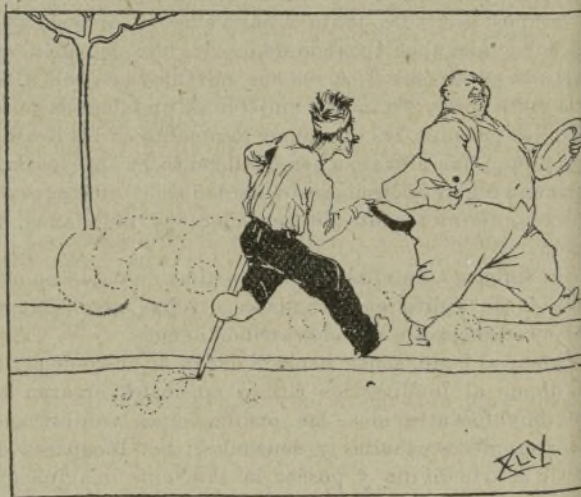
Para tus manos leves, sensibles y armoniosas,
Cuando sobre la clave del órgano las mueves
En un desbordamiento de notas milagrosas.

FERNANDO MARTINEZ-SEGURA.

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA



Don Genaro agobiado de calor,
va por la calle sin poder andar,
y un pobre se le acerca a mendigar,
diciendo: «A este le enfrió yo el sudor».



—«Compadezca a este pobre, buen señor,
que ni puede ni quiere trabajar».
—«¡Un pobre! ¡Vive el cielo! ¡Hay que escapar!
Ya estoy ágil».—«¡Caray! ¡Le hice un favor!»

Las huellas de mister Khusky

De nuestro concurso de dibujos.

por Fernando Perdiguero (Menda), de Madrid.



El notable y distinguido antropófago, Katakachimba, sale como todas las mañanas en busca de su desayuno y con más apetito que de ordinario.



Y el ilustre naturalista, mister Khusky, comisionado por el gobierno yankee para estudiar las costumbres de las mariposas salvajes de Jamalasia, pasa cerca de aquellos lugares.



Pero Katakachimba no tarda en descubrir sus huellas y exclama regocijado: «¡Ya tenemos piscotabis!» Y se relamía solo de pensarlo.



El sabio que reposaba a la fresca sombra de un cocotero, se llevó un susto morrocotudo cuando divisó a lo lejos al salvaje que seguía sus pisadas y que por fortuna aun no le había visto.



Mas, ¡oh idea luminosa! mister Khusky, calzóse las botas del revés y corrió como un desesperado, dejando las señales de sus pies en opuesta dirección a la que él llevaba.



Y cuentan las crónicas de Jamalasia, que Katakachimba se volvió loco pensando, cómo yendo a reunirse a un mismo sitio las huellas de dos personas y no habiendo otras que se alejaban de él, las personas se habían evaporado.

LAS MODAS DE ANTANO

(MODAS FRANCESAS EN 1846)



Sección de correspondencia

CONCURSO DE DIBUJOS

Recibo número 41.—D. M. V.—Portugalete.—(Vizcaya).
 Núm. 42.—D. M. M.—Yecla.—(Murcia).
 Núm. 43.—D. M. M.—Madrid.
 Núm. 44.—D. M. V. T.—Valencia.
 Núm. 45.—D. J. H.—Solloconcos.—(Salamanca).
 Núm. 46.—D. S. E. Pedro.—Logroño.
 Núm. 47.—D. M. P.—Vitoria.
 Núm. 48.—D. B. A.—La Línea (Cádiz).
 Núm. 49.—D. J. L. H.—(Sin dirección).
 No son publicables.
 Núm. 51.—D. J. C.—Valladolid.—En el número almanaque se le publicará un dibujo, fuera de concurso.

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

Habiéndose recibido escasísimo número de fotografías con destino a este concurso, y juzgando que la estación es ya poco favorable para hacer fotografías al aire libre, dejamos en suspenso el concurso fotográfico hasta los principios de la Primavera.

El día primero del año próximo, pondremos a la venta un número almanaque de "Día y Noche", que se venderá a 50 céntimos, y que ha de constituir un verdadero esfuerzo en beneficio de nuestros lectores.

A nuestros concursantes

Nuestro concurso de dibujos, quedará cerrado el 31 de Diciembre próximo, a las doce del día

Colaboradores



Con tus estupendas extravagancias y con mis dulces quimeras, podríamos «epatar» a la humanidad.

parecía excluir la menor duda respecto a una acogida cordial.
—¡Mi querido amigo y compañero, *Tony Foster*!—Esclamó apoderándose de su mano recalcitrante y sacudiéndola con tal violencia que casi hizo vacilar el robusto cuerpo de la persona a quien hablaba--¡Cómo! ¿Habreis olvidado del todo a vuestro amigo y camarada *Miguel Lambourne*?

--*Miguel Lambourne*,--dijo *Foster* mirándole un momento, pasado el cual bajó la vista, libertando sin ceremonia su mano de la amistosa posesión de su interlocutor--¿Sois *Miguel Lam-*



Corrió a la sala donde se habia oído...

bourne? Y ¿qué puedo esperar de esta visita, *Miguel Lambourne*?

--¡Voto a Dios!--Respondió este;--esperaba mejor acogida.

--¿Y por qué tú, un pájaro de horca, rata de presidio, el

amigo del verdugo, esperabas con tal seguridad que te recibiría bien quien está libre de toda relación con *Tyburn*?

--Aun suponiendo que yo fuera tal como decís,--replicó *Lambourne*,--sería digno de tratar con mi antiguo amigo *Anthony enciende--hogueras*, aunque él haya llegado por misterioso modo a ser dueño del palacio de *Cumnor*.

--Cuidado, jugador y aventurero; y agradece que no te tire ahora mismo por esa ventana.

--Apuesto veinte contra uno a que no lo haceis,--respondió el osado visitante.

--Y ¿por qué?--preguntó *Anthony* apretando los dientes y los labios, como quien trata de contener una violenta emoción interior.

--Porque no os atreveis a ponerme la mano encima!--repuso *Lambourne* con frialdad. --Soy más joven y más fuerte que vos, y hay en mí más combatividad, aunque no tan endiablada astucia para llegar a mis fines.

Foster le miró gravemente y luego comenzó a pasear la habitación con su paso firme y mesurado; al cabo, volviendo rápidamente, tendió la mano a *Lambourne*, diciéndole:--no te enfades conmigo, mi buen *Mike*; sólo quise probar si habías perdido tu antigua y honrada franqueza, que tus envidiosos calificaban a espaldas tuyas de desvergüenza.

--Califiquenle como quieran,--dijo *Miguel Lambourne*--pero yo digo que aún tuve que echar por la borda los escrúpulos que me quedaban.

--En lo tocante a escrúpulos, ya saliste de aquí en lastre. Pero ¿quién es este valiente mozo? ¿Otro tal como tú?

--Es el *Sr. Tressilian*,--repuso *Lambourne* presentando a su amigo; hazle honor, pues es un caballero dotado de muchas y admirables cualidades, y aunque no anda en nuestro tráfico, profesa, según he podido juzgar, un justo respeto y admiración a artistas de nuestra especie. Acaso llegue a serlo con el tiempo, pues esto pocas veces falla, pero hasta ahora sólo es un neófito, un prosélito.

--Si tal es su cualidad, te ruego que me acompañes a otra habitación, pues lo que tengo que decirte es sólo para tratado a solas entre tú y yo. Entretanto, señor, os ruego que me esperéis en este departamento, sin salir de él, pues hay gente en la casa a quien causaría alarma la presencia de un extraño.

Accedió *Tressilian*, y los dignos personajes salieron juntos, quedando él sólo en espera de su regreso.



le tiró del vestido y le dijo...

NUESTROS CONCURSOS



I

1.^a **Concurso de Dibujos Cómicos** con sus pies correspondientes, ambas cosas originales e inéditas bajo la responsabilidad del autor. El asunto es libre, quedando esceptuados los ataques a la moral, los asuntos religiosos o políticos, y los referentes a la guerra.

2.^a Los dibujos se enviarán por grupos de cuatro o seis, de igual tamaño, y de modo que puedan formar una plana de 16 por 19 centímetros, o reducirse a este tamaño. Estarán dibujados a pluma, con tinta china sobre buen papel blanco.

3.^a Cada envío vendrá dirigido al Director de **Día y Noche**, Apartado núm. 809, Madrid, y acompañado del nombre y dirección del autor, escritas y firmadas de su puño y letra.

4.^a Por cada serie de cuatro o seis dibujos aceptados, y publicados en la Revista, se abonará 20 pesetas; y al terminar el concurso, un jurado que se nombrará al efecto y del cual formarán parte el dibujante Sr. Vázquez Calleja y el director del periódico, adjudicarán a los dibujos que se considere mejores que los publicados un primer premio de 100 pesetas, un segundo de 50 pesetas y dos terceros de 25 pesetas cada uno. Los premios se otorgarán siempre a una serie completa.

5.^a La fecha en que habrá de cerrarse el concurso, se anunciará oportunamente.

6.^a No se sostendrá correspondencia con los concursantes.

7.^a El hecho de tomar parte en el concurso deja establecida la absoluta conformidad de los concursantes con el resultado y decisiones de la dirección del periódico. Se advierte que toda recomendación será causa de que los dibujos del recomendado sean excluidos del concurso.

8.^a Los dibujos aceptados y publicados, serán

pagados inmediatamente, a la presentación del recibo, y previa confrontación de firmas.

9.^a No se devolverá ningún original publicado, y estos quedarán de la absoluta propiedad de la editorial **Hispánica**.

II

1.^a **Concurso de fotografías** de asuntos de la calle, comprendiéndose en esta denominación todas aquellas escenas callejeras que por su interés o gracia merezcan ser publicadas. Las fotografías podrán ser tomadas en cualquier población española, y habrán de ser actuales y originales e inéditas, bajo la responsabilidad del autor.

2.^a Deberá enviárenos dos pruebas positivas en papel de cada fotografía, y al dorso escrito el asunto fotografiado y los demás datos de lugar; tiempo, etc. Las pruebas tendrán un tamaño mínimo de 9 por 12 centímetros.

3.^a Por cada fotografía aceptada y publicada, se abonará en cuanto se publique, la cantidad de cinco pesetas. Cada concursante podrá enviar un número ilimitado de fotografías.

4.^a Al terminar el concurso, se adjudicará por un jurado compuesto por el director y redactores del periódico **Día y Noche**, los premios siguientes a las fotografías que se considere más notables entre las publicadas, por su intención, su gracia o su interés, teniéndose además muy en cuenta la perfección de la prueba: dos primeros premios de 50 pesetas cada uno y ocho segundos premios de 25 pesetas cada uno.

5.^a Serán aplicables al concurso de fotografías las cláusulas 3.^a, 5.^a, 6.^a, 7.^a y 9.^a del **Concurso de dibujos cómicos**.

Los dibujos y fotografías que no entren en concurso, quedarán en esta administración a disposición de sus autores, siendo requisito indispensable la presentación del recibo.

A nuestros colaboradores espontáneos se advierte que no devolveremos los originales que nos envien, ni sostendremos correspondencia acerca de ellos, ni aun en el caso en que nos remitan sello para franquear la repuesta.

Queda prohibida la reproducción de todos los originales literarios y artísticos publicados en este ejemplar.

"Día y Noche" no recibe anticipos ni subvenciones de ninguna especie del Gobierno, y espera vivir del favor del público

HISPÁNICA, Cardenal Cisneros, 47, Tel. J. 923. Madrid



—Pero hombre, siempre sales con el bocado en la boca; pareces un caballo.

IMPRENTA HISPANICA

CARDENAL CISNEROS, 47, MADRID

TELÉFONO J. 923

Se hacen obras, revistas, catálogos, folletos, tarjetas e impresos de todas clases